

Vender los bienes y dar limosna

Este pasaje aparece también en el Evangelio según san Mateo.

Jesús hizo ver a los Doce lo que esperaba de ellos, y que aplica también a quien haya llamado a un seguimiento radical, como el suyo, que lo dejaron todo para ir con Él.

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 12, 33-34;**12, 33 VENDED VUESTROS BIENES Y DAD LIMOSNA.**

Conviene tener en mente que Jesús estaba hablando a Sus discípulos (ver Lc 12, 22).

Jesús consideraba que lo mejor que ellos podían hacer con los bienes que tuvieran, era deshacerse de ellos, venderlos, dar el dinero a los pobres y quedar libres para poder seguirlo.

REFLEXIONA:

Quienes hacen voto de pobreza dan testimonio de la gran felicidad y libertad interior que les da no poseer nada, no estar atados a nada.

Pero no lo pidió Jesús a todos. Lo que sí pidió a todos es desapego de los bienes, no convertirlos en ídolos, no dejarse atar por ellos, no ponerse a su servicio, no dejarse esclavizar, no dejarlos ocupar el centro de la vida, no volverlos meta, sueño, mucho menos obsesión.

Vended

Es interesante hacer notar que Jesús no les pidió destruirlos, para que nadie más pudiera usarlos. Pidió venderlos. Ello tiene al menos dos implicaciones:

La primera es que no consideraba malo tener bienes, pues si lo hubiera considerado, nunca hubiera sugerido que se vendieran los bienes, sino hubiera pedido que los destruyeran para asegurar que nadie más pudiera caer en la tentación de usarlos. Pero no fue así. Si propuso venderlos es que tenía contemplado que alguien los comprara, y eso no le parecía mal.

Por eso se mencionó al inicio, que esta petición de Jesús no es para todos (si todos vendieran todo, ¿quién compraría? ¿nadie tendría nada, no se podría vivir así).

La segunda implicación es que al pedirles que vendiera sus bienes, estaba considerando que la persona obtendría un dinero que le permitiría beneficiar a alguien más.

bienes

Hacía notar un sacerdote, comentando este pasaje en una homilía, que Jesús los llamó *ōbienesō* porque usados adecuadamente no son malos ni hacen mal. Jesús no tenía nada contra ellos. Más adelante, en este mismo Evangelio, se referirá con desprecio al dinero, lo llamará *ōinjustoō* (ver Lc 16, 16, 9), pero aquí llama reconociendo que las posesiones materiales podían ser buenas, útiles. Su propuesta no iba en el sentido de advertir que se cuidaran de los bienes (como cuando les advirtió que se cuidaran de la levadura de los fariseos), sino que se cuidaran de no apegarse a ellos, y también les hizo ver que lo mejor era venderlos.

limosna

Es interesante mencionar que esta palabra viene de un término que significa *misericordia*.

Se suele considerar que dar limosna consiste en dejar caer una moneda en la mano de un mendigo, pero eso no es a lo que Jesús se refería. Dar limosna implica compadecerse del necesitado, poner el propio corazón en sus miserias, es decir, sentir las como propias y hacer lo que uno pueda para socorrerlas y aun remediarlas.

ōTengamos caridad y humildad y demos limosna, ya que ésta lava las almas de la inmundicia del pecado. En efecto, los hombres pierden todo lo que dejan en este mundo; tan sólo se llevan consigo el premio de su

caridad y las limosnas que practicaron, por las cuales recibirán del Señor la recompensa y una digna remuneración. (san Francisco de Asís. Carta a todos los fieles).

Da en proporción a lo que posees. Si tienes gran riqueza da de tu abundancia; si tienes poco, no temas dar aún de eso poco. Estarás acumulando un buen tesoro en tu beneficio, para el día de la adversidad. La limosna libra de la muerte (Tob 4, 7-10).

La caridad no es sólo una obra buena, sino una declaración de fe en el Dios que creó el mundo. Los que son generosos en dar, tienen fe en que Dios los socorrerá. (Gadenz, p. 241).

El Señor nos enseña diciendo que vendamos nuestras posesiones y demos limosna...Lo mismo enseñaba David, donde por inspiración dice de todo hombre misericordioso y bueno:

Con largueza da a los pobres;

su justicia por siempre permanece;

su frente se levanta con honor (Sal 112, 9)

La riqueza mundana tiene muchos inconvenientes. Hay muchos ladrones, y este mundo nuestro está lleno de opresores. Algunos que trabaja a escondidas y otros que usan la violencia. Pero el tesoro que está en el Cielo nadie puede dañarlo. Dios lo cuida y Él nunca duerme (san Cirilo de Alejandría).

REFLEXIONA:

Cuando leemos en el Evangelio que Jesús pide vender los bienes, nos alivia pensar que estaba dirigiéndose a Sus discípulos, pero no nos apresuremos a sentirnos tan pronto a salvo de sentirnos también interpelados. La primera comunidad cristiana se tomó en serio estas palabras (ver Hch 2, 44-47; 4, 32-35), ¿por qué nosotros no? ¿En qué momento los cristianos empezaron a racionalizar que este llamado no era para ellos, hasta que llegamos a donde estamos hoy, que los cristianos no nos diferenciamos de los no creyentes en acumular bienes materiales que no queremos compartir con nadie?

Es cierto que este llamado tan radical a venderlo todo, sea sólo para los discípulos, y hoy en día para los consagrados que hacen voto de pobreza. Pero también a nosotros nos pide el Señor vender nuestros bienes y dar limosna. No necesariamente todos los bienes, pero sí aquellos de los que podamos desprendernos, aunque nos duela, para beneficiar a alguien más.

¿Qué hubiera sucedido si la primera comunidad cristiana hubiera puesto como requisito indispensable, que nadie tuviera más que otro, que todos fueran avanzando parejo, progresando parejo, sin que ninguno se adelantara a tener más, y sin dejar que ninguno se quedaría atrás, teniendo menos. Tal vez ahora, los países cristianos se distinguirían porque no habría multimillonarios ni gente sumida en la miseria. Todos sus habitantes gozarían de un nivel de vida que a estas alturas de la historia seguramente les permitiría no sólo tener satisfechas sus necesidades básicas de alimento, vivienda, salud y educación, sino poner sus talentos al servicio de otros, saber ejercer de verdad la caridad, y también gozar de oportunidades para la creatividad, la recreación. Pero no hicimos caso. Cada uno se empeñó en acumular para sí mismo y estamos viendo el resultado, a nivel mundial.

HACEOS BOLSAS QUE NO SE DETERIORAN, UN TESORO INAGOTABLE EN LOS CIELOS, DONDE NO LLEGA EL LADRÓN, NI LA POLILLA;

bolsas que no se deterioran

En estos tiempos en que son precisamente las bolsas que se deterioran (las llamadas "biodegradables") las preferidas pues supuestamente no contaminan el medio ambiente, hablar de una bolsa que no se deteriore, tal vez a alguien le suene "anti-ecológico" pero consideremos el contexto: en ese tiempo, tener algo guardado en una bolsa se consideraba un modo de protegerlo, resguardarlo del polvo, la humedad, etc. Con ello en mente, se buscaba ponerlo en una bolsa buena, que durara, pues si ésta se deterioraba, si se llenaba de moho, o era carcomida por algún insecto, entonces lo que tenía dentro podía echarse a perder.

Jesús les proponía asegurarse de tener bolsas que no se deterioraran, pero en seguida les dio a entender que no se refería a ninguna bolsa de este mundo, sino que era una imagen de lo que obtendrían al vender y dar en limosna sus bienes.

un tesoro inagotable en los cielos

Las cosas de Dios suelen ser al revés de las cosas del mundo. Cuando en el mundo alguien se deshace de algo, lo pierde. Pero con Dios, eso de lo que se deshizo, se toma en cuenta en el Cielo.

Jesús les hizo ver a Sus discípulos algo que quería que tuvieran muy presente: deshacerse de los bienes terrenales no es una pérdida, es una ganancia, porque se acumulan como bienes celestiales. Y, a diferencia de cualquier tesoro en este mundo, el tesoro celestial será inagotable, durará para siempre.

A diferencia del rico necio que quería agrandar sus graneros para almacenar sus cosechas, en lugar de compartirlas, y murió, quien da con generosidad, muestra su fe, su confianza en la Providencia de Dios.

no llega el ladrón ni la polilla

Los bienes que alguien acumule en el cielo, es decir, todo aquello que dé, que comparta, de lo que se desprenda para bien de los demás, no corren ningún peligro, no se perderán ni se echarán a perder ni serán robados.

12, 34 PORQUE DONDE ESTÉ VUESTRO TESORO, ALLÍ ESTARÁ TAMBIÉN VUESTRO CORAZÓN.ö

El ser humano tiende a apegarse a las cosas, sobre todo si las considera valiosas. Estas palabras de Jesús son un llamado de alerta para que Sus discípulos tuvieran cuidado en considerar tesoro lo que realmente lo era, y en no poner su corazón en lo que no valía la pena.

Un comentarista bíblico decía que la mayor amenaza para el cristianismo no proviene del ateísmo, sino de la idolatría. Que el reto no es si seguiremos a Dios, sino a qué ñdiosø seguiremos. Y que hoy en día, en que la gente sigue al dios dinero, el resultado es que la humanidad se ha puesto a su servicio, y las personas ya no son vistas como seres humanos, sino como instrumentos de mercado.

Todos ñhan de intentar orientar rectamente sus deseos para que el uso de las cosas de este mundo y el apego a la riquezas no les impidan, en contra del espíritu de pobreza evangélica, buscar el amor perfecto.ö (Concilio Vaticano II, Lumen gentium, #42).

ñDar limosna y otras obras buenas que podamos realizar con la gracia de Dios, tienen una cualidad duradera, porque son recordadas ante Dios (ver Hch 10, 31). Constituyen un tesoro en el Cielo que más adelante puede beneficiarnos a nosotros y a otros.ö (Gadenz, p. 242).

ñEl concepto bíblico de los actos de caridad como un bien acumulable, provee el fundamento de la enseñanza de la Iglesia sobre el ñtesoro de los méritosø (ver Catecismo de la Iglesia Católica #1475-77). ö (Gadenz, p. 242).

ñSi careces de bienes terrenales no los busques en el mundo con actos malos. Si los tienes, deja que se acumulen en el Cielo por medio de tus buenas obras. Los cristianos no deben ni regocijarse en exceso al adquirirlos ni entristecerse cuando se han ido. En lugar de eso, reflexionemos en lo que dice el Señor: ñDonde está tu tesoro, ahí está tu corazón.ø Seguramente todo hemos oído (en Misa), que se nos pide: ñlevantemos el corazónø y lo que solemos contestar. Asegurémonos de que no sea mentira.ö (san Agustín, Carta 189).

REFLEXIONA:

En sus famosos ejercicios espirituales, san Ignacio de Loyola propone que no pidamos a Dios más riqueza que pobreza, más salud que enfermedad, una vida más larga o más corta, sino que aceptemos y aprovechemos para mayor gloria de Dios, lo que sea que Él nos conceda.

Sin embargo, el propio santo, al mencionar los tres tipos de perfección a los que podemos aspirar, considera la mayor perfección aspirar a ser pobre porque Cristo fue pobre.

Los santos que fueron ricos, una vez que decidieron seguir a Jesús, lo dejaron todo. Ahí tenemos el caso de san Francisco de Asís.

REFLEXIONA:

Estamos llamados a hacer un inventario muy honesto de nuestros bienes, y examinar si hemos dejado que se nos vuelvan dioses, si les hemos entregado el corazón, si se han vuelto un obstáculo que nos estorba en nuestra relación con Dios.

REFLEXIONA:

•A consulta con el psicólogo llegó un hombre soltero, guapo, vestido a la moda, joven. Tenía muy buen trabajo, muchos amigos, había tenido muchas mujeres y actualmente tenía novia, pero no era feliz. ¡Qué extraño! Había alcanzado el «sueño americano», tenía el aspecto adecuado, se movió con la gente triunfadora, disfrutaba de todas las comodidades materiales, pero en su interior había un vacío.

Es que el propósito de nuestra vida no es acumular, sino aprender a amar. Y si no lo hacemos, nos sentimos mal. Creemos que ese hueco interior se llenará cuando alguien nos ame, pero aún si lo halláramos, no nos bastaría. Más dolorosa que la tragedia de no hallar quién nos ame, es la de no haber amado. Por eso la pregunta que hemos de plantearnos no es: «¿quién me amará?» sino «¿quién necesita mi amor?» (Praying magazine, #69, p. 9).

REFLEXIONA:

Había un hombre rico que murió. Un amigo suyo acudió a su funeral. Y mientras acompañaba la procesión pensaba: «Mi amigo me engañó. Me dijo que tenía muchas propiedades, muchos tesoros, y no los veo por ninguna parte.»

Si tu tesoro está en el Cielo, lo recuperarás al morir, Si está en la tierra, cuando mueras lo habrás perdido para siempre.

REFLEXIONA:

La última palabra de este versículo nos da la clave de lo que más le interesa a Jesús: nuestro corazón.

¿En dónde lo hemos puesto?, ¿con qué lo llenamos?, ¿qué lo alegra?, ¿con qué sueña?

Si tenemos puesto el corazón en el dinero, aunque tengamos mucho, éste nunca llenará nuestro vacío interior ni nos servirá de consuelo ante las dificultades y tragedias que pudiéramos enfrentar.

El mundo adora el dinero, es su ídolo. Mucha gente antepone su afán de conseguir dinero. Descuida su relación con Dios, no tiene tiempo para orar o para ir a Misa porque debe laborar; trae trabajo pendiente a casa. No tiene tiempo para convivir con su familia, pero se justifica pensando que trabaja por ella. Se ha dejado esclavizar, ha puesto en el centro al dinero. Es hora de pararse a reflexionar.

Hay que preguntarnos en dónde tenemos puesto el corazón, en qué clase de tesoro: ¿terrenal o celestial?

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura («lectio» leer despacio el texto bíblico; «meditatio» meditarlo, reflexionarlo; «oratio» dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y «actio» aterrizarlo en algún propósito concreto).